

23 de agosto de 2026 – XXI Domingo del Tiempo

Ordinario: *Is 22,19-23; Rom 11,33-36; Mt 16,13-20*

INTRODUCCIÓN

Un joven arquitecto fue preguntado una vez sobre cuál era la parte más importante de un edificio. La gente esperaba que respondiera que el techo, las paredes o la belleza del diseño. Sin embargo, contestó: «La parte que nadie ve: los cimientos. Si esos son débiles, todo lo demás terminará derrumbándose». Años después, cuando un terremoto sacudió su ciudad, muchos edificios impresionantes se agrietaron y cayeron, pero aquellos contruidos firmemente sobre terreno sólido permanecieron en pie. Los cimientos ocultos marcaron toda la diferencia.

El Evangelio de hoy nos invita a reflexionar sobre el fundamento de nuestra propia vida. Jesús hace a sus discípulos una pregunta que no es solamente teológica, sino profundamente personal: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?». Es la pregunta que determina si nuestra fe está edificada sobre arena movediza o sobre roca firme. Pedro responde con valentía y fe: «Tú eres el Mesías, el

Hijo de Dios vivo». Entonces Jesús le confía las llaves del Reino y promete que su Iglesia permanecerá firme a pesar de las tormentas y de la oposición. El Evangelio nos recuerda que la fe no es algo simplemente heredado, prestado o basado en la opinión pública; debe convertirse en una relación personal con Cristo.

Al reunirnos alrededor de este altar, reconocemos que hay momentos en los que nuestra fe se debilita, cuando el miedo reemplaza a la confianza y cuando dejamos de poner a Cristo en el centro de nuestra vida. Pidamos, por tanto, al Señor misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo, y sin embargo muchas veces construimos nuestra vida sobre cosas pasajeras en lugar de construirla sobre Ti.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú confiaste las llaves del Reino a discípulos débiles y frágiles, y sin embargo nosotros hemos fallado en abrir los corazones mediante el amor, la bondad y la fe. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú permaneces como la roca y el fundamento de tu Iglesia, y sin embargo hemos dudado de tu presencia en medio de las tormentas de la vida. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso fortalezca los débiles cimientos de nuestro corazón, perdone nuestros pecados, profundice nuestra fe en Cristo, su Hijo, y nos conduzca a permanecer firmes sobre la roca que nunca falla. Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Junto con Pedro y los apóstoles, glorifiquemos ahora al Padre que revela a su Hijo a los corazones humildes, y alabemos a Cristo, que permanece como la roca y el fundamento de nuestra fe.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que revelas el misterio de tu Hijo a quienes ponen en Ti su confianza, concédenos que, en medio de las tormentas e incertidumbres de la vida, podamos confesar firmemente con Pedro que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo, y servir fielmente a tu Iglesia con corazones arraigados en la fe y el amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un niño pequeño estaba una vez junto a su abuelo en una costa rocosa observando cómo las olas golpeaban los acantilados. El abuelo señaló un faro que permanecía firme frente a la tormenta y le dijo:

—¿Sabes por qué ese faro sigue en pie después de tantos años? Porque está construido sobre roca. Las tormentas

no piden permiso antes de llegar. Lo que importa es el fundamento.

Muchos años después, el nieto dijo que finalmente comprendió lo que su abuelo quería decir; no cuando la vida era fácil, sino cuando la enfermedad golpeó a su familia, cuando las amistades fracasaron y cuando incluso su fe fue puesta a prueba. Solo entonces comprendió que la pregunta más profunda de la vida es esta: ¿Sobre qué está construida mi vida? O, de una manera aún más personal: ¿Quién está en el centro de mi vida?

Esa es precisamente la pregunta que se encuentra en el corazón del Evangelio de hoy.

El Evangelio de hoy tiene lugar en un momento decisivo de la vida pública de Jesús. Es algo parecido al descanso de medio tiempo en un partido de fútbol. Durante el descanso, los jugadores salen del campo y se reúnen en el vestuario. El entrenador revisa lo que ha sucedido, los prepara para lo que viene y les recuerda lo que realmente importa para terminar bien el partido.

Algo semejante sucede en el Evangelio de hoy. Jesús se

retira con sus discípulos a Cesarea de Filipo, en el extremo norte de Israel, cerca de las fuentes del río Jordán. Es un lugar tranquilo y solitario, lejos de las multitudes. Es, por así decirlo, la «pausa de medio tiempo» de su ministerio público.

Hasta ese momento, la primera mitad había parecido extraordinariamente exitosa. Las multitudes lo seguían a todas partes. La gente quedaba maravillada con su enseñanza. Lo habían visto sanar enfermos, limpiar leprosos, calmar tormentas, expulsar demonios y alimentar a miles con unos pocos panes y peces. Algunos incluso querían hacerlo rey.

La primera mitad parecía triunfal.

Pero Jesús sabe que la segunda mitad será muy diferente. Pronto será rechazado, incomprendido, acusado y condenado. Las mismas multitudes que una vez gritaron: «¡Hosanna!», terminarán gritando: «¡Crucifícalo!». El camino que tiene por delante conduce a la Cruz.

Por eso, en aquel lugar tranquilo, Jesús hace una pregunta:

—¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

Los discípulos responden:

—Unos dicen que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o alguno de los profetas.

Son respuestas respetuosas. Reconocen a Jesús como un hombre santo, un profeta, alguien enviado por Dios. Pero Jesús no se conforma con opiniones de segunda mano.

Entonces llega la pregunta personal:

—Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?

Es una de las preguntas más importantes de todo el Evangelio.

Jesús no pregunta: «¿Qué han oído decir de mí?». No pregunta: «¿Qué piensan los estudiosos?» o «¿Cuál es la opinión popular?». Pregunta: «¿Quién dicen ustedes que soy yo?».

Tarde o temprano, todo discípulo debe responder personalmente a esa pregunta.

Una maestra preguntó una vez a un grupo de niños:

—¿Quién es Jesús para ustedes?

Un niño respondió:

—Jesús es como el Wi-Fi.

La maestra se rió y preguntó:

—¿Qué quieres decir?

El niño contestó:

—No puedes verlo, pero si se pierde la conexión, todo deja de funcionar.

Hay más sabiduría en esa respuesta de lo que podríamos imaginar al principio. La fe no consiste simplemente en conocer datos acerca de Jesús. Consiste en vivir en relación con Él.

Pedro responde en nombre de los Doce:

—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús se alegra. Pedro finalmente ha comprendido algo esencial. Sin embargo, incluso Pedro todavía no entiende plenamente qué clase de Mesías será Jesús. Sigue pensando en gloria y éxito. Aún no ha aprendido que el Mesías salvará al mundo mediante el amor que sufre y se entrega.

¡Cuántas veces cometemos nosotros el mismo error!

Muchas personas están felices de seguir a Cristo cuando la vida marcha bien, cuando las oraciones parecen ser respondidas rápidamente y cuando la fe trae consuelo. Pero ¿qué sucede con la segunda mitad? ¿Qué ocurre cuando llega la enfermedad, cuando las relaciones se rompen, cuando aparecen las decepciones o cuando las oraciones parecen encontrar solamente silencio?

Un joven compartió una vez cómo regresó a la fe después de años alejado de la Iglesia. Su pequeña hija iba a ser sometida a una cirugía importante. Sentado solo en una sala de espera del hospital, sintiéndose impotente y asustado, tomó una Biblia y la abrió en estas palabras de Jesús:

«Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré».

Más tarde dijo:

—En ese momento Jesús dejó de ser una idea y se convirtió en alguien real.

Eso fue exactamente lo que sucedió en Cesarea de Filipo.

Los discípulos ya no estaban tratando con teorías sobre Jesús. Estaban siendo invitados a un compromiso personal.

Una mujer anciana le dijo una vez a su sacerdote:

—Cuando era joven, creía porque mis padres creían. Después creí porque mi esposo creía. Pero cuando él murió y me encontré sola en casa, tuve que descubrir si realmente creía.

Eso también es Cesarea de Filipo.

Llega un momento en que una fe prestada debe convertirse en una fe personal.

Cada uno de nosotros puede experimentar a Jesús de manera diferente. Algunos lo conocen como el Buen Pastor que los guía. Otros lo encuentran como el Pan de Vida que los alimenta. Algunos se aferran a Él como Luz en la oscuridad. Otros lo descubren como el amigo compasivo que camina a su lado en medio del dolor.

Lo importante no es simplemente saber acerca de Él, sino conocerlo personalmente.

San Pablo expresa este asombro en la segunda lectura de hoy:

«¡Qué insondables son las riquezas, la sabiduría y el conocimiento de Dios!»

Incluso Pablo reconoce que Dios es más grande de lo que podemos comprender plenamente. Sin embargo, este Dios infinito desea una relación personal con nosotros. Nos conoce por nuestro nombre. Nos invita a confiar en Él.

Después, Jesús introduce otra imagen poderosa:

«Te daré las llaves del Reino de los cielos».

Las llaves son símbolos de confianza. No entregamos nuestras llaves a extraños. Cuando damos una llave a alguien, le estamos diciendo: «Confío en ti».

En la primera lectura, la llave de la Casa de David es colocada sobre el hombro de Eliaquín como signo de autoridad. En el Evangelio, Jesús confía a Pedro las llaves del Reino.

Pero la autoridad en el Evangelio nunca consiste en dominar. Consiste en servir. Pedro está llamado a abrir

puertas más que a cerrarlas: abrir los corazones a Cristo, abrir el acceso a la misericordia de Dios y abrir caminos de fe.

Un párroco contó una vez la historia de una iglesia dañada durante la guerra. Una estatua de Cristo situada cerca de la entrada había perdido ambas manos. Algunos feligreses querían reemplazarla, pero el sacerdote colocó debajo de la estatua un cartel que decía:

«Cristo no tiene ahora otras manos que las nuestras».

Esa es la misión de la Iglesia.

No la perfección. No el prestigio. Sino el servicio.

Pedro mismo estaba lejos de ser perfecto. El mismo Pedro que proclama: «Tú eres el Mesías», más tarde negará a Jesús tres veces. Sin embargo, Jesús no le retira su confianza.

Eso debería animarnos a todos.

El Señor siempre ha trabajado a través de personas imperfectas.

Una maestra recibió la visita de un antiguo alumno

muchos años después de su graduación. El hombre le agradeció por haber creído en él cuando nadie más lo hacía. Los ojos de la maestra se llenaron de lágrimas mientras respondía:

—Nunca imaginé que mis palabras hubieran significado tanto.

Rara vez nos damos cuenta de cómo Dios nos utiliza en la vida de los demás.

Los padres tienen llaves que abren a sus hijos a la fe. Los maestros tienen llaves que abren las mentes a la verdad.

Los sacerdotes tienen llaves que abren los corazones mediante los sacramentos. Los amigos tienen llaves que abren vidas heridas mediante la bondad y el aliento.

Incluso una simple palabra puede abrir la puerta a la esperanza.

Por eso el Evangelio nos plantea dos preguntas. La primera: ¿Quién es Jesús para mí? La segunda: ¿Qué puertas me está pidiendo Él que abra para los demás?

La Iglesia sobrevive no porque los cristianos sean siempre fuertes, sabios o santos, sino porque Cristo mismo sigue

siendo el verdadero fundamento.

Llegan las tormentas. Llegan los escándalos. Llegan la debilidad. Llegan la oposición.

Y, sin embargo, Cristo permanece fiel.

Existe una antigua historia acerca de un viajero atrapado en una violenta tormenta de montaña. La lluvia caía con fuerza sobre él, la oscuridad lo rodeaba y temía no sobrevivir a la noche. Entonces vio a lo lejos una tenue luz. Siguiéndola, llegó a una pequeña cabaña construida sólidamente sobre la roca.

Al entrar, agotado y temblando, la anciana que estaba dentro sonrió y le dijo:

—No temas la tormenta exterior si tu refugio está construido sobre terreno firme.

Ese es el mensaje del Evangelio de hoy.

Las tormentas de la vida llegarán. Los aplausos de la multitud pueden desaparecer. La segunda mitad de la vida puede ser más difícil que la primera. Pero si Cristo es verdaderamente el centro de nuestra vida, si nuestra fe

descansa en Él y no simplemente en las circunstancias, entonces podremos permanecer firmes.

Como Pedro, respondamos desde lo más profundo de nuestro corazón:

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

Y que otros, al ver la fortaleza y la esperanza de nuestra fe, descubran en Cristo la roca firme bajo sus propios pies.

Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos a la fe de Pedro y de toda la Iglesia a través de los siglos, profesemos ahora la fe que es nuestra roca y nuestra esperanza.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mientras el pan y el vino son llevados al altar, coloquemos también ante el Señor nuestros temores, debilidades e incertidumbres, pidiéndole que fortalezca nuestra fe y nos haga servidores fieles de su Reino.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta estos dones que tu pueblo te ofrece con fe, y por medio de este santo sacrificio
fortalécenos para confesar valientemente a Cristo ante el mundo, servir a tu Iglesia con humildad
y permanecer firmes sobre la roca de tu verdad.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría y amor
enviaste a tu Hijo al mundo
como la luz que ninguna oscuridad puede vencer.
Él llamó a discípulos sencillos y frágiles
a participar en su misión salvadora,
y sobre la fe de Pedro
edificó su Iglesia como signo de esperanza para todas las naciones.

Incluso en medio de las pruebas, la debilidad y las tormentas de la historia,
nunca abandonas a tu pueblo,
sino que continuas guiándolo con tu gracia,
para que todos los que te buscan
descubran en Cristo la roca que permanece para siempre.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseñó a confiar en el Padre incluso en la difícil «segunda mitad» de la vida. Confiados en el amor fiel de Dios, oremos con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos firmes en la fe en medio de las tormentas de la vida, sin perder jamás la confianza en Cristo,
roca y fundamento de nuestra esperanza,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, en Cesarea de Filipo preguntaste a tus discípulos: «¿Quién dicen ustedes que soy yo?»

Mira con compasión a tu Iglesia
mientras recorre la difícil «segunda mitad» de la historia.
Cuando nos veamos sacudidos por divisiones,
escándalos, miedos o desalientos,
renueva en nosotros la fe de Pedro,
para que nunca perdamos de vista que Tú eres el Mesías,
el Hijo de Dios vivo.

Tú confiaste tu Iglesia a discípulos frágiles
y la edificaste sobre la roca de la fe.

No mires nuestros pecados y fracasos,
sino la fe que todavía te busca,
la esperanza que todavía confía en Ti
y el amor que todavía desea servirte.

Concede la paz a tu Iglesia y a nuestros corazones,
para que, en medio de las tormentas de este mundo,
permanezcamos firmes en tu verdad,
abramos puertas de misericordia a los demás
y nos convirtamos en instrumentos de reconciliación y
esperanza.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
Aquel a quien Pedro confesó como el Mesías, el Hijo de
Dios vivo. Dichosos los que edifican su vida sobre Él y son
invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
hoy has venido a nosotros no como una idea ni como una
figura lejana, sino como Pan vivo para nuestro camino.
Permanece con nosotros en las tormentas de la vida.
Cuando la fe se debilite, sé nuestra fuerza.
Cuando el miedo nos rodee, sé nuestra roca.
Y que nuestra vida ayude a otros a descubrir
que sólo Tú eres el Mesías,
el Hijo de Dios vivo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por este sacramento celestial, Señor,
concédenos que quienes profesamos con Pedro
que tu Hijo es el Mesías,
permanezcamos como testigos fieles del Evangelio,
abriendo los corazones a tu misericordia
y manteniéndonos firmes sobre el fundamento de la fe.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesucristo,
roca y fundamento de su Iglesia,
fortalezca su fe en toda prueba,
los guíe con seguridad a través de las tormentas de la vida
y los haga testigos fieles de su amor y de su verdad.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida
firmemente edificada sobre Cristo y ayudando a otros a
descubrir en Él la roca firme bajo sus pies.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Las tormentas de la vida llegarán, pero el corazón que
está construido sobre Cristo permanecerá firme.»

24 de agosto de 2026 – Lunes

San Bartolomé Apóstol; Ap 21,9-14; Jn 1,45-51

*Del prejuicio al encuentro: venir y ver al Señor que ya nos
ve*

INTRODUCCIÓN

Hay una historia acerca de un viajero que se negó a detenerse en un pequeño pueblo polvoriento durante su recorrido. «No hay nada allí», insistía. Sin embargo, cuando su automóvil se averió justo a las afueras del pueblo, no tuvo más remedio que entrar. Para su sorpresa, encontró no solamente ayuda, sino también bondad, hospitalidad y amistades que jamás había imaginado. Lo que había despreciado desde lejos se convirtió, de cerca, en un lugar de gracia.

Con frecuencia hacemos juicios rápidos como aquel viajero: sobre lugares, sobre personas e incluso sobre Dios. Desde la distancia, las cosas pueden parecer insignificantes, indignas de atención o irrelevantes. Pero la distancia puede distorsionar la realidad; puede ocultar lo que es verdadero y bueno.

En el Evangelio de hoy, Natanael comienza con una reacción semejante: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Es una pregunta moldeada por la suposición y el prejuicio. Sin embargo, no es el final de su historia. Hay algo en él que permanece suficientemente abierto como para aceptar la sencilla invitación de Felipe: «Ven y verás».

Al reunirnos ahora, quizás reconocemos esa misma mezcla dentro de nosotros: momentos de apertura, pero también de resistencia, duda o prejuicios silenciosos. Por eso nos volvemos al Señor en el acto penitencial, pidiéndole la gracia de venir y ver con mayor claridad, y de dejarnos ver por Él con más verdad.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos invitas a ir más allá del prejuicio y del miedo, y a venir para contemplar tu verdad:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos conoces completamente y aun así nos miras con amor y misericordia: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú prometes que quienes te siguen verán cosas más grandes: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso nos libre de la ceguera del orgullo, suavice todo juicio endurecido que habita en nuestro interior y nos conduzca de la distancia a un encuentro vivo con su Hijo, que nos conoce y nos llama por nuestro nombre.

Y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Habiendo sido llamados por el Señor que nos mira con amor y nos invita a una fe más profunda, elevemos ahora nuestras voces en alabanza y glorifiquemos juntos a Dios.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios nuestro,

tú llamaste a san Bartolomé de la duda a la fe y le enseñaste a reconocer a tu Hijo mediante un encuentro personal.

Aparta de nuestro corazón todo prejuicio y todo temor,

para que podamos acercarnos a Cristo con apertura y confianza, y, siendo conocidos y amados por Él, crezcamos cada día en un discipulado y una fe más profundos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un maestro que escribió una frase en la pizarra y preguntó a sus alumnos qué veían. Todos señalaron inmediatamente un único error que había en la frase. Nadie notó que el resto estaba escrito

correctamente. El maestro sonrió y dijo: «Así es como muchas veces vemos a las personas: nos fijamos en lo que está mal y pasamos por alto todo lo que está bien».

En el Evangelio de hoy, Natanael comienza fijándose en lo que él considera que está “mal”: Nazaret. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?». Parece una observación sin

importancia, pero revela algo más profundo: qué fácilmente descartamos algo antes de haberlo conocido realmente. Su juicio no se basa en una experiencia de Jesús, sino en una suposición.

Sin embargo, Felipe no discute con él. No intenta ganar un debate. Simplemente le dice: «Ven y verás». Es una de las invitaciones más importantes de todo el Evangelio. La fe no comienza principalmente con argumentos; comienza con un encuentro. El cambio de Natanael empieza en el momento en que acepta pasar de la distancia a la cercanía.

Más sorprendente todavía es lo que sucede después. Antes de que Natanael pueda formarse una nueva opinión sobre Jesús, Jesús le revela que ya lo conoce. «Te vi debajo de la higuera». El Evangelio nos sugiere una verdad profunda: Natanael es visto antes de ver. Es conocido antes de comprender.

Eso lo cambia todo. Natanael pasa rápidamente del escepticismo a la fe: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel». Lo que los argumentos no habían

logrado, el encuentro lo consigue. Ser conocido y mirado por Cristo abre su corazón.

Y, sin embargo, Jesús no le permite quedarse allí. «Verás cosas mayores». En otras palabras, este momento de fe es solamente el comienzo. El camino no termina con una sola comprensión ni con una sola experiencia. Se profundiza, se ensancha y continúa.

Hay aquí un estímulo silencioso para todos nosotros. Quizás nos reconocemos en Natanael: a veces escépticos, a veces lentos para creer, a veces condicionados por nuestras propias ideas preconcebidas. Pero el Evangelio nos recuerda que nuestro punto de partida no tiene la última palabra. Lo que realmente importa es si estamos dispuestos a «venir y ver».

También nos recuerda algo aún más consolador: antes de que nosotros busquemos al Señor, Él ya nos está buscando. Antes de que lo comprendamos plenamente, Él ya nos comprende. Antes de que lo veamos con claridad, Él ya nos ve con amor.

Hay otra historia acerca de una mujer que evitó durante

años visitar a una vecina con quien había tenido una diferencia en el pasado. Con el tiempo, comprendió que aquella distancia le estaba robando la paz. Un día decidió llamar a su puerta. Cuando la vecina abrió, la recibió con una sonrisa sincera y la invitó a entrar. Mientras compartían una taza de café, ambas descubrieron que el resentimiento había desaparecido hacía mucho tiempo. Entonces la mujer comprendió que la distancia había existido solamente en su propio corazón.

De manera semejante, el Señor siempre nos espera, no con reproches, sino con reconocimiento y amor. Nos invita una y otra vez a venir y ver... y nos promete que, si lo hacemos, contemplaremos cosas aún mayores.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al colocar estos dones sobre el altar, coloquemos también delante del Señor nuestras suposiciones, dudas y temores, pidiéndole que abra nuestros corazones a un encuentro más profundo con Cristo, que ya nos conoce y nos ama.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta las ofrendas que te presentamos en la fiesta de san Bartolomé, y transfórmanos por medio de este santo sacrificio, para que, dejando atrás todo juicio estrecho y toda vacilación, lleguemos a conocer más profundamente a tu Hijo y demos testimonio de Él con corazones sinceros y fieles.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque, en tu amorosa sabiduría,
llamas a hombres y mujeres de la duda a la fe
y de la distancia a la comunión con tu Hijo.

En san Bartolomé revelaste que quienes te buscan con sinceridad descubren que ya son conocidos y amados por Cristo.

Por el testimonio de los Apóstoles,
la Iglesia continúa invitando al mundo
a «venir y ver» la bondad del Señor
y a contemplar maravillas cada vez mayores de tu gracia y misericordia.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque el Padre nos ha mirado con amor incluso antes de que nos volviéramos plenamente hacia Él, oremos con confianza las palabras que Jesús mismo nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de la ceguera que nos mantiene alejados de ti y de nuestros hermanos.

Líbranos del prejuicio, del miedo y de los juicios endurecidos, y concédenos la paz en nuestros días,

para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú miraste a Natanael con comprensión y amor
y lo condujiste de la duda a la fe y a la paz.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos conoce plenamente y
aun así nos invita a venir y ver. Dichosos los invitados a la
cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor que recibimos en esta Eucaristía no está lejos de
nosotros. Él nos ve más profundamente de lo que nosotros
mismos nos vemos.

Conoce nuestras dudas, nuestras heridas, nuestras luchas
ocultas, y aun así nos llama a acercarnos más a Él.

Como Natanael, tal vez hemos venido con preguntas o
vacilaciones. Sin embargo, Cristo no nos recibe con
rechazo, sino con reconocimiento. Dice a cada corazón:
«Yo te he visto».

Y después de haberlo encontrado aquí, también nosotros
somos invitados a mirar a los demás de una manera
diferente: no a través del prejuicio o de la sospecha,
sino con ojos de misericordia y esperanza.

Porque quienes verdaderamente vienen y ven al Señor
comienzan a ver el mundo como Él lo ve.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Dios todopoderoso,
que por medio de los santos misterios que hemos recibido
en la fiesta de san Bartolomé,
crezcamos en apertura a tu gracia
y en un fiel seguimiento de tu Hijo,
que nos mira con amor y nos llama a cosas más grandes.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y libre sus corazones de todo
juicio falso y de todo temor. Amén.

Que les ayude a reconocer su presencia en aquellos a
quienes se sienten tentados a ignorar o rechazar. Amén.

Y que los conduzca siempre de la duda a una fe más
profunda, para que puedan contemplar cosas mayores en
su amor y misericordia. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con la apertura de
sus corazones y con la caridad con la que ven y acogen a
los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Antes de que lleguemos a ver verdaderamente al Señor,
Él ya nos ve con amor. La cuestión no es si Dios está
cerca, sino si nosotros estamos dispuestos a venir y ver.»

25 de agosto de 2026 – Martes de la 21.^a Semana del

Tiempo Ordinario: 2 Tes 2,1-3.14-17; Mt 23,23-26

Mantener en el centro lo esencial: la justicia, la misericordia y la fidelidad.

INTRODUCCIÓN

Un hábil relojero pasó una vez semanas enteras ajustando un reloj que le habían llevado para reparar. Examinó con lupa cada engranaje, cada resorte y cada diminuta pieza. En el proceso, quedó tan absorbido por los mecanismos más pequeños que olvidó atender el resto de su taller. Una mañana descubrió que, mientras había perfeccionado un solo reloj, varios otros que esperaban reparación se habían detenido por completo. La búsqueda de la precisión había eclipsado silenciosamente la tarea más importante que tenía entre manos.

Algo de esta tensión aparece en el Evangelio de hoy, donde Jesús habla de quienes “cuelan el mosquito y se tragan el camello”. Es una imagen viva de una práctica religiosa que ha perdido la proporción: una atención exagerada a los detalles más pequeños mientras se descuidan las cosas más

importantes de la ley de Dios.

San Pablo, en la primera lectura, nos presenta una visión muy diferente: Dios nuestro Padre y el Señor Jesucristo nos “consuelan y fortalecen” en todo lo bueno que decimos y hacemos. Lo que realmente importa no es una precisión exterior por sí misma, sino una vida arraigada en la gracia que Dios nos da, una vida que produce frutos de bondad, fidelidad y amor.

Por eso, al reunirnos hoy, tomamos conciencia de aquellos momentos en que nuestra atención se ha dirigido a lo secundario y hemos descuidado lo esencial. Volvamos al Señor con humildad y pidámosle misericordia por las veces en que hemos perdido de vista lo que verdaderamente importa.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos llamas a buscar la justicia y a respetar la dignidad de toda persona: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos revelas la misericordia y la compasión del Padre hacia los débiles y olvidados: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos fortaleces en la fidelidad y en la verdad, enseñándonos a caminar humildemente con Dios: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama de nuevo a lo esencial y sana la ceguera de nuestro corazón, nos perdone por las veces en que hemos descuidado la justicia, la misericordia y la fidelidad; nos fortalezca en toda bondad y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por medio de tu Hijo nos enseñas que los asuntos más importantes de la ley son la justicia, la misericordia y la fidelidad, concédenos que nuestros corazones permanezcan firmemente arraigados en tu amor, para que en todo lo que digamos y hagamos busquemos siempre lo que te agrada y sirvamos a nuestros hermanos y hermanas con

sinceridad y compasión.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un chef fue contratado una vez para preparar un gran banquete para invitados importantes. Trabajó con enorme dedicación decorando cada plato: talló verduras con formas delicadas, dispuso las salsas en diseños elaborados y cuidó cada detalle para que la presentación fuera impecable. Sin embargo, mientras se concentraba tanto en la decoración, olvidó vigilar el plato principal que se cocinaba en la cocina. Cuando finalmente fue servido, todos admiraron la presentación, pero la comida estaba demasiado cocida y había perdido gran parte de su sabor. Lo que debía alimentar se había convertido en algo secundario frente a lo que simplemente impresionaba.

A una distorsión semejante de las prioridades se dirige Jesús en el Evangelio de hoy. Su imagen es deliberadamente llamativa y hasta humorística: personas que cuelan

cuidadosamente los mosquitos mientras se tragan camellos enteros. No se trata de una exageración culinaria sin sentido, sino de una ceguera espiritual: la capacidad de obsesionarse con observancias menores mientras se ignora lo que es inmensamente más importante.

Jesús nombra claramente esos asuntos “más importantes”: la justicia, la misericordia y la fe. La justicia consiste en dar a los demás lo que les corresponde como personas creadas a imagen de Dios. La misericordia va aún más lejos, porque supera lo estrictamente debido, como hizo el padre con el hijo pródigo. La fe es la relación viva con Dios que sostiene y anima ambas virtudes, expresándose en la fidelidad al Señor y en la confianza en su voluntad.

Esta tríada recuerda la pregunta permanente del profeta Miqueas: ¿qué pide el Señor sino “practicar la justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios”? Jesús se sitúa firmemente dentro de esta tradición profética, llamando a sus oyentes a abandonar las distracciones religiosas para volver a lo verdaderamente esencial.

También san Pablo hace eco de esta visión cuando habla de una fe que se expresa en el amor. La fe nunca es algo

abstracto; se hace visible en la justicia y en la misericordia. Sin esta integración, la religión corre el riesgo de fragmentarse: puede parecer devota por fuera, pero estar vacía de contenido por dentro.

Por eso, el desafío no consiste en abandonar los detalles ni la disciplina, sino en asegurarnos de que estén al servicio de lo esencial. Cuando las prácticas, las discusiones o incluso las devociones comienzan a eclipsar la compasión, la integridad o la confianza en Dios, algo ha perdido el equilibrio. Jesús nos invita a reordenar nuestro corazón.

Podemos reconocer con facilidad cuánto nos sucede esto. A veces nos absorbemos en las normas y dejamos de ver a las personas; otras veces insistimos tanto en tener razón que olvidamos ser amables. El Evangelio nos pregunta silenciosamente si nuestras energías están alineadas con las prioridades de Dios o si se han desviado hacia asuntos secundarios.

En una comunidad parroquial, durante varios meses se dedicó mucho tiempo a organizar una campaña para embellecer el templo. Se discutieron colores, decoraciones, arreglos florales y numerosos detalles de presentación.

Mientras tanto, un anciano viudo de la parroquia fue dejando de asistir a Misa porque se sentía cada vez más solo y nadie parecía darse cuenta. Cuando finalmente algunos feligreses fueron a visitarlo, él les dijo con sencillez: “Pensé que ya nadie se acordaba de mí”. La comunidad había cuidado con esmero la belleza del edificio, pero había pasado por alto a una persona que necesitaba cercanía y amor. A veces, sin darnos cuenta, podemos preocuparnos mucho por los detalles visibles y olvidar aquello que tiene verdadero valor ante Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio, ofrecido con corazones humildes y fieles, nos enseñe a poner lo esencial en el centro de nuestra vida y sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta los dones que presentamos sobre tu altar y purifica nuestros corazones de todo egoísmo y preocupación vacía, para que nuestro culto esté siempre unido a una vida de justicia, misericordia y amor fiel. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.
Porque en tu Hijo nos has mostrado
el verdadero camino de la santidad,
enseñándonos no solamente a honrarte con los labios,
sino a amarte mediante una vida marcada por la justicia, la
misericordia y la fidelidad.
Cuando nuestros corazones se distraen con cosas
pasajeras,
Tú nos llamas de nuevo a lo que permanece
y nos fortaleces con tu gracia
para vivir con sinceridad y verdad.
Por Él, los ángeles alaban tu majestad,

las dominaciones te adoran
y las potestades tiemblan en tu presencia.

Los cielos y las virtudes celestiales,
junto con los bienaventurados serafines,
te celebran llenos de alegría.

Permítenos unir nuestras voces a las de ellos,
cantando con humilde alabanza:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir, confiando en el
Padre que nos llama a vivir en la justicia, la misericordia y
el amor fiel:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y libera nuestros corazones de toda distracción que nos
aparte de lo que realmente importa.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,

vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,

Tú nos enseñaste que la verdadera santidad se encuentra
en la justicia, la misericordia y la fidelidad.

No tengas en cuenta nuestros errores ni nuestras
prioridades equivocadas, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que nos llama a ir más allá de las apariencias vacías
para vivir alimentados por la misericordia, la justicia y el
amor fiel. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor nos recuerda hoy que la santidad no se encuentra simplemente en una precisión exterior, sino en corazones transformados por la gracia. Alimentados con el Cuerpo de Cristo, dejemos atrás lo superficial y aprendamos nuevamente a reconocer lo que verdaderamente importa: la justicia hacia los demás, la misericordia hacia los débiles y la fidelidad a Dios en todas las cosas.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor, transforme nuestros corazones y renueve nuestra vida, para que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, practiquemos fielmente la justicia, mostremos misericordia con generosidad y caminemos ante Ti con fe perseverante. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los mantenga firmes en todo bien. Que les enseñe a buscar lo que es esencial y a vivir con corazones llenos de justicia, misericordia y fidelidad.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida arraigada no en las apariencias, sino en la justicia, la misericordia y el amor fiel.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Es posible ser muy cuidadosos con las cosas pequeñas y, aun así, descuidar lo que más importa. Hoy Jesús nos recuerda que el corazón del discipulado no consiste en una perfección exterior, sino en una vida moldeada por la justicia, la misericordia y la fidelidad.

**26 de agosto de 2026 – Miércoles de la 21.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

2 Tes 3,6-10.16-18; Mt 23,27-32

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Se cuenta la historia de un museo que adquirió una antigua pintura considerada de gran valor. A primera vista parecía apagada y sin vida, y muchas personas pasaban junto a ella sin mostrar interés. Sin embargo, cuando un restaurador retiró pacientemente las capas que la cubrían, comenzó a aparecer lentamente una obra maestra escondida.

Esta historia nos recuerda que las apariencias pueden engañarnos fácilmente. Lo que parece hermoso por fuera puede ocultar un gran vacío interior, mientras que aquello que parece ordinario puede contener una gran profundidad y verdad. La vida humana misma puede experimentar esta tensión entre la imagen exterior y la realidad interior.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla con firmeza contra la hipocresía y la apariencia. Advierte sobre el peligro de

llevar una vida que parece justa externamente, pero que carece de honestidad, justicia, misericordia y sinceridad en el corazón. Dios no desea una fe basada en las apariencias, sino corazones transformados por la verdad y la gracia.

Al reunirnos para celebrar esta Eucaristía, pidamos al Señor que purifique nuestro corazón de todo aquello que sea falso o dividido dentro de nosotros, para que nuestra vida refleje verdaderamente la fe que profesamos. Y así, con humildad, entremos en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a adorarte con un corazón sincero e indiviso: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a vivir con verdad delante de Dios y de nuestros hermanos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos renuevas interiormente mediante la acción silenciosa de tu Espíritu: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos purifique de toda apariencia e hipocresía, nos fortalezca en la rectitud de corazón, sane todo lo que está dividido dentro de nosotros y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que deseas la verdad en lo más profundo del corazón humano, concédenos que, por la acción transformadora de tu gracia, nuestras vidas reflejen la sinceridad del Evangelio y que nuestras obras broten de corazones renovados por el amor.

Enséñanos a buscar no la aprobación humana, sino la fidelidad a tu voluntad en todas las cosas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un jardinero que plantó un pequeño árbol en un terreno aparentemente seco y poco prometedor. Durante mucho tiempo parecía que nada sucedía. Sin embargo, bajo la superficie, las raíces crecían silenciosamente, profundizando cada vez más en la tierra.

Años después, aquel árbol se convirtió en uno de los más fuertes del lugar. Había resistido vientos, sequías y tormentas porque la verdadera fuerza no estaba en lo que se veía, sino en lo que se había desarrollado ocultamente.

El Reino de Dios suele actuar de manera semejante. Lo más importante no es lo que se ve inmediatamente, sino aquello que se está formando en los lugares escondidos del corazón. Jesús dirige constantemente nuestra atención hacia esta realidad interior, donde la verdad y el amor pueden crecer o marchitarse lentamente.

En el Evangelio de hoy, Jesús confronta a los dirigentes religiosos precisamente por esta desconexión. Sus vidas estaban cuidadosamente ordenadas por fuera, pero interiormente carecían de justicia, misericordia y sinceridad. Sus palabras severas no buscan condenarlos para

rechazarlos, sino despertarlos a una verdad que habían estado evitando.

San Pablo, en la primera lectura, nos ofrece un testimonio muy diferente. Trabaja con sus propias manos para no ser una carga para la comunidad, viviendo de manera transparente y responsable entre aquellos a quienes sirve. Su vida no es una representación; es un testimonio coherente en el que lo que predica es exactamente lo que vive.

Esta llamada a la integridad no se alcanza solamente mediante el esfuerzo humano. Requiere una conversión continua del corazón, donde las motivaciones son purificadas y los deseos se alinean con la voluntad de Dios. Es precisamente en ese espacio interior donde el Espíritu Santo actúa silenciosamente, modelando una vida que sea coherente tanto por dentro como por fuera.

Por eso estamos invitados a examinar no solamente lo que hacemos, sino también por qué lo hacemos. El peligro que Jesús señala no es únicamente el mal comportamiento, sino el sutil deslizamiento hacia una vida orientada a la apariencia, la aprobación o el prestigio, en lugar de la

verdad. El discipulado auténtico comienza cuando permitimos que nuestro corazón se presente ante Dios tal como realmente es.

Se cuenta la historia de un hombre que pasó años renovando su casa. Pulió la fachada, cambió las ventanas y procuró que todo luciera impresionante desde la calle, pero descuidó los cimientos y los daños estructurales ocultos debajo.

Con el tiempo comenzaron a aparecer grietas en las paredes que tanto orgullo le daban. Lo que parecía sólido y hermoso ya no podía mantenerse unido, porque aquello que no se veía había sido ignorado durante demasiado tiempo. Quedó claro que ninguna belleza exterior podía compensar una debilidad interior.

Así también nuestras vidas están llamadas a ser reconstruidas desde dentro, donde la verdad es más fuerte que la apariencia y donde el amor es mucho más que una simple exhibición. Sólo entonces llegamos a ser lo que Dios desea que seamos: personas cuya vida exterior refleja una realidad interior modelada por la gracia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que presentamos con corazones sinceros sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estas ofrendas que ponemos ante ti y purifica nuestros corazones mediante este sagrado misterio, para que nuestro culto no esté marcado por la apariencia exterior, sino por una fe auténtica, humildad y amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque tú no miras solamente las acciones exteriores,
sino también las intenciones ocultas del corazón.
Una y otra vez llamas a tu pueblo
a pasar de una vida de apariencias

a la libertad de la verdad,
enseñándonos por medio de tu Hijo
que la auténtica santidad se forma interiormente
mediante la justicia, la misericordia, la sinceridad y el amor.

En Cristo nos revelas la belleza de las vidas
modeladas silenciosamente por la gracia y la integridad,
y por medio del Espíritu Santo
renuevas a tu Iglesia desde dentro.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de la tentación de vivir solamente para las apariencias o para la aprobación humana. Concédenos corazones sinceros delante de ti y vidas firmemente arraigadas en la verdad y en el amor, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste que la verdadera santidad nace del interior y que la paz brota de corazones reconciliados con Dios. No tengas en cuenta nuestras faltas e incoherencias, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que viene a renovarnos desde dentro
y a hacer de nuestras vidas un verdadero reflejo de su
gracia. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor nos ha alimentado con el Pan de Vida.

Lo que Dios comienza silenciosamente dentro de nosotros, lo transforma poco a poco mediante su gracia.

Que esta Eucaristía nos fortalezca para vivir con integridad de corazón, de modo que nuestras acciones exteriores reflejen fielmente el amor y la verdad que crecen en nuestro interior.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el sacramento de la salvación,
te rogamos, Señor, que por el poder de esta Eucaristía
continúes renovando nuestros corazones
y hagas de nuestras vidas testigos sinceros del Evangelio.
Que aquello que celebramos exteriormente con fe
se arraigue cada vez más profundamente dentro de
nosotros en la verdad y en la caridad.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor purifique sus corazones con su verdad,
los fortalezca en la sinceridad y en el amor, y ayude a que
sus vidas reflejen la gracia que han recibido.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor
con una vida marcada no sólo por las apariencias,
sino por la integridad, la verdad y el amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

A Dios le preocupa mucho menos cuán impresionantes
parecemos por fuera que la persona en la que nos
estamos convirtiendo por dentro.

Un corazón transformado silenciosamente por la gracia
terminará reflejando en toda la vida la verdad, la
sinceridad y el amor.

27 de agosto de 2026 – Jueves, Santa Mónica

1 Cor 1,1-9; Mt 24,42-51

INTRODUCCIÓN

Hay una historia sobre un vigilante nocturno de seguridad
en un gran museo que se había acostumbrado tanto a las
noches tranquilas que poco a poco fue relajando su
atención. El silencio de las salas le convenció de que nada
importante podía suceder. Sin embargo, una alarma
inesperada le recordó que la vigilancia es necesaria
precisamente cuando todo parece tranquilo y ordinario.

Nuestra vida espiritual puede llegar a parecerse a esa
situación. Podemos pensar que la fe permanecerá viva sin
atención, sin oración y sin cuidado. Sin embargo, el Señor
sigue viniendo a nosotros de maneras discretas: en los
deberes cotidianos, en nuestras relaciones, en los
momentos de oración y en las oportunidades de amar.

Las lecturas de hoy nos invitan a permanecer despiertos
en la fe. San Pablo recuerda a los corintios que los
creyentes se fortalecen mutuamente mediante el aliento y
la fidelidad, mientras que Jesús llama a sus discípulos a

ser servidores siempre preparados y dignos de confianza.

Mientras honramos a Santa Mónica, que perseveró pacientemente en la oración y en la esperanza, reconozcamos ahora las veces en que hemos estado distraídos ante la presencia de Dios y pidamos su misericordia y su perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a permanecer vigilantes y fieles en toda etapa de la vida: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos fortaleces mediante la fe y el apoyo mutuo de nuestros hermanos y hermanas:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos enseñas a servir con perseverancia y amor mientras esperamos tu venida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos sido descuidados en la fe, poco atentos a su presencia e indiferentes en el amor; que nos fortalezca en la vigilancia, la perseverancia y el apoyo mutuo, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que mantuviste a Santa Mónica firme en la oración y paciente en la esperanza, concede que tu Iglesia permanezca despierta en la fe, fiel en el servicio y constante en animarse mutuamente por el camino de la santidad.

Que perseveremos con corazones atentos a tu presencia hasta el día en que nos alegremos en tu Reino.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Hay una historia sobre un farero destinado en una costa rocosa que comprendía que su tarea no era espectacular, pero sí indispensable. Noche tras noche cuidaba la lámpara, recortaba la mecha y se aseguraba de que la luz permaneciera constante, aun cuando no se viera ningún barco en el horizonte. Solía decir que las noches más difíciles no eran las tormentosas, sino las tranquilas,

cuando se sentía tentado a pensar que su vigilancia ya no era importante.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de un servidor al que se le ha confiado una responsabilidad mientras su señor está ausente. El desafío no es la ausencia del señor, sino la manera de vivir durante esa ausencia: con fidelidad o con olvido. El llamado es claro: «Estén preparados, porque no saben a qué hora vendrá su Señor».

San Pablo, en la primera lectura, nos muestra cómo se vive esa vigilancia en la vida de la Iglesia. Da gracias por la comunidad y reconoce cómo la fe de ellos lo fortalece en medio de sus propias luchas. Incluso el apóstol necesita de la fidelidad de los demás.

Este apoyo mutuo revela algo profundo: la fe nunca es puramente individual. Nos sostenemos unos a otros, muchas veces sin darnos cuenta, y a la vez somos sostenidos por nuestros hermanos. La Iglesia se convierte en una red de aliento y apoyo donde la vigilancia es compartida.

La oración de Pablo por los corintios —«Que el Señor los

fortalezca y los mantenga firmes en la santidad»— no es solamente un deseo, sino el reconocimiento de que la perseverancia en la fe requiere la gracia de Dios y el apoyo de la comunidad.

Jesús, en el Evangelio, advierte sobre el servidor que se vuelve negligente porque la demora crea una falsa impresión. El paso del tiempo puede debilitar la expectativa, y la rutina puede disminuir el sentido de urgencia. El peligro no es la rebelión abierta, sino la indiferencia.

Sin embargo, la vigilancia evangélica no consiste en una espera ansiosa; consiste en un servicio fiel. Estar preparados significa ser encontrados haciendo aquello que el amor nos pide en el momento presente, por más ordinario que parezca.

Santa Mónica, cuya memoria celebramos hoy, encarna esta vigilancia paciente en la oración. Esperó no de manera pasiva, sino fielmente, confiando en que Dios estaba actuando incluso cuando el cambio parecía lejano. Hay una historia de una madre campesina que cada

mañana, antes del amanecer, encendía una pequeña lámpara en la ventana de su casa para que sus hijos, que trabajaban en los campos, encontraran fácilmente el camino de regreso cuando aún estaba oscuro. Durante años realizó aquel sencillo gesto sin recibir reconocimiento alguno. Cuando le preguntaron por qué era tan constante, respondió: «Porque el amor no espera a que haya aplausos para cumplir su deber». Así también la fidelidad cristiana suele manifestarse en actos sencillos y constantes que mantienen viva la luz de la esperanza.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al colocar estos dones sobre el altar, el Señor mantenga viva en nosotros la llama de la fe, haciéndonos servidores vigilantes y testigos fieles, preparados para su venida.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas que presentamos ante ti al celebrar la memoria de Santa Mónica.

Que estos dones sagrados nos fortalezcan en la perseverancia,

profundicen nuestra preocupación y amor por los demás y mantengan nuestros corazones vigilantes en el servicio fiel hasta la venida de tu Hijo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque llamas a tu pueblo a vivir con el corazón despierto,
fiel en el amor y firme en la esperanza.
Por tu gracia, nos fortaleces en la comunión de la Iglesia,
para que nos animemos mutuamente
y perseveremos en la santidad mientras esperamos la
venida de tu Hijo.

En Santa Mónica nos das un ejemplo luminoso
de vigilancia paciente y oración confiada,
pues permaneció fiel durante años de espera,
segura de que tu misericordia nunca falla.

Por eso, con los Ángeles y los Santos,
te alabamos proclamando sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que nos mantiene firmes en la fe y unidos en el amor fraterno:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y fortalécenos cuando nos sintamos cansados o descuidados en la fe.

Mantén vivo en tu Iglesia el espíritu de vigilancia,
esperanza y servicio fiel,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

Porque tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria,
por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enseñaste a tus discípulos a permanecer fieles y preparados en el amor.

No tengas en cuenta nuestros pecados ni nuestras indiferencias, sino la fe de tu Iglesia,

y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que nos fortalece para permanecer fieles y vigilantes en el amor.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La fidelidad suele ser silenciosa y poco visible.

Como el farero que cuida la lámpara durante la noche,
los discípulos sostienen su camino mediante una perseverancia cotidiana.

El Señor no nos pide logros extraordinarios,
sino corazones que permanezcan despiertos,
sirviendo con amor hasta que él venga.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este sacramento celestial, Señor, fortalezca nuestros corazones en la perseverancia y la vigilancia, para que, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos animemos mutuamente en la fe y permanezcamos fieles en cada tarea que nos has confiado. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor mantenga viva la llama de la fe en sus corazones. Amén.

Que los fortalezca para permanecer vigilantes, fieles y firmes en el amor. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de vigilancia fiel, apoyo mutuo y servicio amoroso.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe se mantiene viva no por momentos extraordinarios, sino por una vigilancia constante, una perseverancia silenciosa y el ánimo que nos damos unos a otros cada día.

28 de agosto de 2026 – Viernes, San Agustín

1 Cor 1,17-25; Mt 25,1-13

INTRODUCCIÓN

Había una vez un hombre que fue al aeropuerto tarde en la noche para recibir a un amigo muy cercano que llegaba en un vuelo internacional retrasado. Los anuncios seguían cambiando: primero un retraso corto, luego uno más largo, y después silencio. Sin embargo, él permaneció allí. Poco a poco, otras personas en la sala de espera se fueron marchando, cansadas e impacientes, pero él siguió sentado, mirando de vez en cuando la pantalla de llegadas, negándose a pensar lo peor.

Cuando finalmente apareció su amigo —muchas horas después— no hubo quejas, sino alivio y una alegría serena. La espera había sido larga, pero no había sido vacía. Había estado llena de expectativa, fidelidad y confianza en que el encuentro llegaría tarde o temprano.

Experiencias como esta nos preparan silenciosamente para una verdad espiritual más profunda: siempre estamos esperando al Señor, que viene en horas inesperadas y de

maneras inesperadas. Sin embargo, muchas veces nuestra espera se cansa, nuestra confianza se debilita y la luz de nuestro corazón se apaga.

Por eso, al reunirnos hoy alrededor del altar, reconocemos aquellos momentos en que nuestras lámparas han perdido brillo y nuestra espera ha carecido de amor. Volvamos nuestro corazón al Señor y pidámosle misericordia...

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a velar con corazones fieles y lámparas encendidas: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos sostienes con el aceite de tu gracia cuando nuestras fuerzas se debilitan: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú vienes a nuestro encuentro en horas inesperadas y nos invitas a participar de tu alegría: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, fortalezca la llama vacilante de la fe en nuestro interior, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que condujiste a san Agustín desde una búsqueda inquieta hasta la paz de tu verdad, concédenos que nosotros, mientras esperamos la venida de tu Hijo, mantengamos encendida la lámpara de la fe mediante la perseverancia, la oración y el amor.

Fortalécenos cuando el camino se haga largo y enséñanos a permanecer fieles en los tiempos de espera, para que seamos hallados preparados para entrar en la alegría de tu Reino.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Había una vez un grupo de jóvenes que participaban en una excursión de varios días por la montaña. Su guía les repetía constantemente una sencilla recomendación: «Manténganse preparados». Algunos tomaron en serio el consejo y llevaron ropa adicional, linternas y provisiones suficientes. Otros pensaron que nada saldría mal y cargaron solamente lo indispensable. Cuando el clima cambió repentinamente y la noche llegó antes de lo previsto, quedó claro quiénes habían escuchado de verdad y quiénes solo habían oído las palabras.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos habla de las vírgenes prudentes y de las necias. Todas esperaban al esposo, pero no todas estaban preparadas para la demora. La diferencia entre ellas no estaba en el deseo de recibirlo, sino en la preparación; no en querer encontrarlo, sino en estar listas para sostener esa espera cuando la hora resultara inesperada.

San Pablo, en la primera lectura, desafía nuestras ideas cuando nos recuerda que la sabiduría de Dios muchas

veces parece locura a los ojos del mundo. La cruz misma parece un fracaso, pero es precisamente allí donde se revela el amor divino. Los verdaderamente sabios ante Dios no son los que parecen triunfadores, sino los que permanecen fieles.

El aceite de las lámparas de las vírgenes prudentes no representa algo espectacular. Es la fidelidad silenciosa acumulada día tras día: actos cotidianos de amor, paciencia, oración y perdón. Es la clase de vida que no depende solamente del entusiasmo, sino de una perseverancia profunda arraigada en Dios.

San Agustín comprendió muy bien esta tensión. Buscó sentido en muchos lugares antes de descubrir que su corazón estaba inquieto hasta descansar en Dios. Su conversión no fue solamente un instante brillante, sino el lento reconocimiento de que la gracia de Dios lo había estado sosteniendo todo el tiempo, incluso durante sus extravíos.

La demora del esposo en la parábola no es accidental; tiene un propósito formativo. Revela qué clase de amor

permanece firme cuando Dios no actúa según nuestros horarios. La verdadera pregunta no es si comenzamos el camino con la lámpara encendida, sino si seguimos siendo fieles cuando la noche se hace más larga de lo esperado.

Mantener la lámpara encendida significa vivir una vida eucarística: recibir continuamente la presencia de Cristo en su Palabra y en los sacramentos, en los pobres y en las personas sencillas, en los momentos de claridad y también en las épocas de sequedad espiritual. El aceite se renueva no por la prisa o la ansiedad, sino por la permanencia constante en el Señor.

Se cuenta la historia de un farero que servía en una costa rocosa. Noche tras noche cuidaba la gran lámpara del faro. La mayor parte del tiempo no se veía ningún barco, solo oscuridad y viento. Sin embargo, mantenía viva la llama, sabiendo que en algún lugar, a una hora desconocida, una embarcación dependería completamente de aquella luz para encontrar un paso seguro. Cuando finalmente apareció un barco en el horizonte, fue aquella llama fiel la que lo guió hasta el

puerto.

También nosotros estamos llamados a mantener viva la luz de la fe. Quizás no veamos inmediatamente los frutos de nuestra fidelidad, pero Dios sí los ve. Y cuando llegue el momento de su venida, descubrirá corazones preparados para entrar con Él en la alegría eterna.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos con corazones llenos de esperanza y vigilancia, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estas ofrendas de tu pueblo y permite que esta Eucaristía renueve en nosotros el aceite de la fe.

Así como san Agustín aprendió a descansar únicamente en ti, haz que también nosotros aprendamos la perseverancia en la oración, la constancia en el amor y la disponibilidad para la venida de Cristo, tu Hijo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría nos enseñas que la gloria pasajera de este mundo no puede satisfacer el corazón humano.

Llamaste a san Agustín desde su inquieta búsqueda hasta la luz de tu verdad, y le enseñaste que solamente en ti encontramos la paz duradera.

En tu Hijo, crucificado y resucitado, revelas una sabiduría que el mundo no puede comprender: que el amor fiel es más fuerte que el poder y que la perseverancia paciente vale más que el éxito terrenal.

Llamas a tu Iglesia a velar durante la larga noche de la historia, con las lámparas encendidas mediante la oración, la misericordia y una esperanza firme.

Por eso, unidos a los ángeles y a los santos, proclamamos tu gloria diciendo a una sola voz: **Santo, Santo, Santo**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con las lámparas de la fe encendidas por la gracia de Cristo, oremos con confianza al Padre que nunca abandona a quienes lo esperan:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos firmes en la fe y pacientes en la
esperanza, mientras esperamos la gloriosa venida de
nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: «La paz les
dejo, mi paz les doy». En las largas noches de
incertidumbre y espera, mantén encendida la lámpara de
tu Iglesia con una fe firme y un amor lleno de esperanza.
No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia, y conforme a tu voluntad concédele la paz y la
unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que fortalece a los cansados y
llena las lámparas de los fieles con el aceite de la gracia.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Las vírgenes prudentes llevaron suficiente aceite no solo
para el comienzo de la noche, sino también para sus
largas horas. En la Eucaristía, Cristo mismo se convierte
en el aceite que nos sostiene. Él alimenta esa fidelidad
escondida que nadie ve: la perseverancia silenciosa en la
oración, el perdón, la paciencia y la esperanza.

Como el farero que mantiene viva la llama en medio de la
oscuridad y la tormenta, también nosotros estamos
llamados a permanecer fieles cuando la noche parece
larga. Cristo no abandona a quienes lo esperan; viene a su
encuentro con alegría.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro, por medio de este santo sacramento nos has renovado con el pan de vida y el cáliz de salvación.

Haz que esta Eucaristía mantenga viva en nosotros la llama de la fe, para que, perseverando en el amor y en la vigilancia, estemos preparados para recibir a Cristo cuando venga. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor fortalezca sus corazones en todo tiempo de espera. Amén.

Que mantenga encendida en ustedes la lámpara de la fe mediante la oración, el amor y la perseverancia. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, manteniendo encendidas sus lámparas mientras esperan la venida del Señor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe no consiste solamente en comenzar bien, sino en permanecer fieles cuando la noche se hace larga. El aceite que mantiene encendida la lámpara se encuentra en la oración diaria, en la perseverancia silenciosa, en las obras de misericordia y en la comunión constante con Cristo.

**29 de agosto de 2026 – Sábado de la 21.ª Semana del
Tiempo Ordinario - Martirio de San Juan Bautista**

Jer 1,17-19; Mc 6,17-29

INTRODUCCIÓN

Hay una historia acerca de una joven ingeniera que trabajaba para una gran empresa constructora. Durante una inspección rutinaria, descubrió que se habían ignorado discretamente algunas normas esenciales de seguridad para reducir costos y acelerar la finalización de una obra. Cuando señaló el problema, le dijeron —de manera muy cortés, pero también muy firme— que “lo dejara pasar si quería tener futuro en la empresa”.

Aquella tarde regresó a casa cargando un pesado silencio, dividida entre la seguridad y la integridad, entre su sustento y lo que sabía que era correcto.

Después de una noche inquieta, volvió al trabajo e insistió una vez más en que el defecto debía ser informado. La respuesta fue inmediata: fue apartada de responsabilidades importantes, se puso en duda su

competencia y se criticó su “espíritu de equipo”. Sin embargo, finalmente el problema fue corregido y, más tarde, ella supo que se habían salvado vidas. La verdad tuvo un precio, pero el silencio habría costado mucho más.

Su historia toca algo profundamente humano que existe en todos nosotros: la presión de no hablar cuando hacerlo resulta incómodo y la tentación de permanecer callados cuando la verdad exige valentía. Esta lucha aparece no solo en la vida pública, sino también en nuestras familias, amistades, lugares de trabajo e incluso dentro de nuestra propia conciencia.

Al honrar hoy el martirio de San Juan Bautista, reconocemos las veces en que hemos elegido la comodidad en lugar del valor, el silencio en lugar de la verdad y las apariencias en lugar de la integridad. Confiando en la misericordia de Cristo, nos preparamos ahora para el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres el testigo fiel que permaneció firme en la verdad aun cuando fue rechazado y perseguido:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos llamas a caminar con integridad y a no ceder ante el miedo ni la falsedad:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú eres la luz que ninguna oscuridad puede vencer y fortaleces a quienes permanecen fieles en medio de las pruebas: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos dejado de defender lo que es justo, nos fortalezca para vivir con valentía e integridad y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que quisiste que san Juan Bautista precediera a tu Hijo tanto en su nacimiento como en su muerte, concédenos que, así como él entregó valientemente su

vida por la verdad y la justicia, también nosotros permanezcamos fieles al Evangelio en los momentos de presión, temor y compromiso con el mal.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta que, durante una época de persecución religiosa, un sencillo catequista de un pequeño pueblo fue llevado ante las autoridades. Le ofrecieron libertad, seguridad y una vida tranquila si aceptaba negar públicamente su fe. Muchos le aconsejaron que guardara silencio para protegerse. Sin embargo, él respondió serenamente: “Pueden quitarme muchas cosas, pero no la verdad que Dios ha puesto en mi corazón”. Aquellas palabras le costaron el sufrimiento, pero también dejaron un testimonio que fortaleció la fe de toda una comunidad. En el Evangelio de hoy encontramos a Juan el Bautista en una situación semejante de claridad moral. El hilo conductor de esta fiesta es sencillo, pero exigente: la

verdad que se niega a ser silenciada, incluso cuando el precio es muy alto. Juan proclama lo que es correcto ante Dios, aun cuando sus palabras perturban la cómoda convivencia de Herodes con el pecado.

Juan no actúa movido por la ira ni por la ambición. Habla porque la verdad ha tomado posesión de su corazón.

Sabe que callar sería más fácil, más seguro y más aceptable para todos. Sin embargo, elige permanecer en la luz antes que refugiarse en la comodidad del compromiso.

Herodes, por el contrario, es un hombre dividido.

Reconoce la bondad de Juan e incluso lo escucha con interés, pero permanece atrapado por la imagen que quiere proyectar, por el miedo y por el orgullo. La promesa hecha durante el banquete se convierte en una cadena que ya no puede romper. En él vemos cómo la debilidad, cuando no es vigilada, puede transformarse en complicidad con la injusticia.

Herodías representa una oscuridad diferente: no la vacilación, sino el resentimiento endurecido hasta convertirse en venganza. La verdad no solo la incomoda; amenaza la imagen que tiene de sí misma. Por eso decide eliminarla. Entre el miedo y la furia, la inocencia es sacrificada.

Por eso esta historia no trata simplemente de una ejecución ocurrida en un antiguo palacio. Revela un patrón que se repite cada vez que la verdad se vuelve incómoda. Cambian las voces, cambian los escenarios, pero la tensión permanece: decidir si nos pondremos del lado de lo que es justo o si permitiremos silenciosamente que sea apartado.

Y, sin embargo, incluso en la prisión, Juan sigue siendo libre en un sentido más profundo. Su voz puede estar encerrada, pero su fidelidad no. Llegará a ser, como Jesús lo llamará más tarde, una lámpara que arde y resplandece, una luz que ninguna mazmorra puede apagar.

También nosotros participamos en esta misma lucha. Hay momentos en que la verdad es acogida con alegría y momentos en que resulta costosa y rechazada. El Evangelio no nos pide buscar conflictos, pero sí nos pide que no abandonemos la integridad cuando aumenta la presión.

La memoria de San Juan Bautista nos recuerda que la fidelidad a Dios vale más que la aprobación de los demás. Cuando permanecemos firmes en la verdad con humildad y amor, nos convertimos en testigos de Cristo en el mundo. Tal vez no siempre veamos los frutos de nuestro testimonio, pero Dios los ve, los bendice y los hace fecundos para su Reino.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, el Señor reciba también nuestro deseo de vivir en la verdad y la fidelidad, aun cuando el seguimiento de Cristo exija valentía y sacrificio.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Por estas ofrendas que te presentamos, Señor, concédenos aprender de san Juan Bautista a honrar la verdad con corazones firmes y a ofrecernos fielmente al servicio de tu Reino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en san Juan Bautista, mártir y profeta, nos manifiestas la valentía de quienes ponen la verdad por encima de la comodidad y la fidelidad por encima del miedo.

Él habló con integridad ante el poder humano, prefiriendo la prisión y la muerte antes que guardar silencio frente a la injusticia.

En él muestras a tu Iglesia que ninguna oscuridad puede vencer la luz de una conciencia formada por tu Palabra,

y que quienes permanecen fieles a Ti dan testimonio de una libertad que ninguna fuerza terrena puede destruir.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a orar pidiendo la gracia de permanecer fieles a la verdad y de confiar en el Padre que fortalece a sus hijos en toda prueba:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, fortalecidos por tu misericordia, quedemos libres del miedo, de los compromisos con el mal y del desaliento, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú permaneciste fiel a la verdad del Padre aun cuando enfrentaste el rechazo y el sufrimiento. No mires nuestras debilidades y vacilaciones, sino la fe de tu Iglesia, y concédele bondadosamente la paz y la valentía para mantenerse firme en la integridad y la justicia en toda época.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que fortalece el corazón de quienes permanecen fieles en la verdad y en el amor. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Juan el Bautista perdió su voz ante el mundo, pero su testimonio sigue hablando a través de los siglos. La valentía que nace de la verdad no puede ser enterrada por el miedo ni silenciada por el poder.

En esta Eucaristía, Cristo nos fortalece para vivir con integridad, no de manera estridente o dura, sino con

fidelidad. El Señor no nos pide buscar conflictos, pero sí nos pide que nunca abandonemos lo que es justo cuando aumenta la presión.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que, al celebrar el banquete celestial en memoria de san Juan Bautista, permanezcamos firmes en la verdad, valientes en nuestra conciencia y fieles al dar testimonio del Evangelio en nuestra vida cotidiana.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca con la valentía de san Juan Bautista, para que permanezcan fieles a la verdad incluso en los momentos de presión y temor. Amén.

Que les conceda integridad de corazón,
sabiduría en sus decisiones
y paz en cada prueba. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida marcada por la verdad, la valentía y la integridad.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“La verdad puede exigir valentía, pero el silencio ante lo que es correcto siempre cuesta mucho más.”